

Cartagena Patrimonial

Una estrategia de divulgación pública de la
Ciencia, Cultura y Patrimonio



Foto: Laura Vanessa González Montalvo



**Observatorio
del Patrimonio
Cultural**



**Universidad
de Cartagena**
Fundada en 1827

Cartagena Patrimonial

Patrimonio, Economía y Ciudad

Alfonso Múnera Cavadía
Autor

William Malkún Castillejo
Vicerrector de Extensión y Proyección Social

Bertha Lucía Arnedo Redondo
Directora del Observatorio del Patrimonio Cultural

Laura Vanessa González Montalvo
Edición

Universidad de Cartagena
Observatorio del Patrimonio Cultural
Cartagena de Indias, Colombia
Noviembre de 2021

Patrimonio, Economía y Ciudad

Alfonso Múnera Cavadía

Voy a tratar de responderme a mí mismo y a ustedes una pregunta que quizás está en la cabeza de todos nosotros, ¿Cómo es esta relación tan compleja entre patrimonio, economía y ciudad? ¿Cómo funciona? ¿Cómo se expresa?

En mi último libro *La Independencia de Colombia, ficciones y olvidos, Cartagena de Indias 1580 – 1821*, hice un gran esfuerzo por mostrar una Cartagena que es la que está en mi mente y en mis emociones. Una Cartagena afro, el primer capítulo se llama: *Afro Cartagena* y es un intento de mostrar esa relación entre economía y ciudad y un poco mostrar cómo desde el mismo momento de su fundación, lo que la ciudad es realmente, una ciudad Afrocaribeña.

Entonces es algo que está en mi mente en estos meses que escribí este libro, y que siempre me pregunto cuando salgo en medio de la pandemia y camino un poco por el Centro de la ciudad en horas de la noche y veo todo este turismo tremendo, sexual que se expresa de una manera tan intensa y tan nítida en el Centro de la ciudad, y entonces me pongo a pensar: ¿Cómo es que en Cartagena se desarrolló con tanta intensidad este tipo de turismo o este tipo de economía y qué relación tiene con el patrimonio, qué entendemos por patrimonio? y, en su sentido más complejo, ¿cómo interviene el patrimonio en esta modalidad específica de desarrollo de una economía que se va volviendo dominante? La economía de la industria del turismo, ¿cómo todas esas cosas se van relacionando y cómo entra allí nuestra reflexión sobre patrimonio?

O es que, cuando hablamos de este tipo de economía turística basada, de manera muy visible en un turismo sexual, si es que esto no tiene nada que ver con el patrimonio o si es que tiene mucho que ver con el patrimonio.

Voy a intentar construir un marco histórico, que siempre es fundamental. Todas las cosas que suceden alrededor del ser humano, desde su vida estrictamente individual hasta la manera como construye sus relaciones con otros seres humanos o con la naturaleza, siempre tiene que ver con una historia. Nosotros somos individualmente el producto de una historia individual y somos el producto de una historia social.

Cómo es que esto pasó, cómo es que llegamos a esto y cómo, si insertamos a Cartagena en el turismo caribeño, es decir, en la Región Caribe, si creemos que Cartagena es parte de esa Región Caribe, entonces la pregunta es: ¿qué pasó en el Caribe? ¿Cómo fue que se desarrolló una economía en el Caribe, y cómo esa economía tiene mucho que ver con un tipo de uso del patrimonio?

Digamos, que hay una noción general, más o menos compartida por quienes trabajan hoy en temas de patrimonio, en el sentido de que el ser humano es el patrimonio más importante de una ciudad.

¿Qué es lo que queremos decir con eso? ¿A dónde vamos con esa definición?

Lo que creo es que, eso que llamamos el ser humano, en términos generales, es una presencia que no se puede separar de su mundo peculiar, es lo que su creatividad social ha hecho de él, no existe como una entidad aislada.

Al hablar de creatividad social, me refiero a todo aquello que el ser humano crea a su alrededor, que le es propio.

Por ejemplo: un ser humano situado en Estocolmo, donde hay ocho meses de invierno, donde el sol sale muy rara vez, donde imperan los climas helados y los lagos que se congelan, seguramente ese ser humano crea una cultura peculiar a él en ese entorno.

Así como, el ser humano que habita una región tropical y caribeña desarrolla una creatividad social en función y en relación con esa naturaleza, es inseparable de ella, es producto de ella.

Cuando entendemos por patrimonio el ser humano, lo que estamos entendiendo es que, todo aquello que genera ese ser humano, que le es peculiar, toda su creatividad, hace parte de su gran patrimonio.

Ahora bien, en Cartagena, como en muchos otros lugares, hemos tendido a definir el patrimonio de una manera peculiarmente estrecha. Pareciera que el patrimonio fuera simplemente un asunto de aquello que es sobresaliente y que la gente que domina los medios de comunicación, que tiene dominio del poder, define en función de sus propios intereses. En consecuencia, se va construyendo una historia en la cual aparece una idea del patrimonio, y es, por supuesto, una idea.

En el caso de Cartagena, es bastante evidente que nuestro centro de reflexión sobre el patrimonio es el Centro de Cartagena, con sus murallas, sus grandes mansiones, su arquitectura religiosa, su arquitectura militar, etc., eso es lo que surge, casi que, con una enorme obviedad, como la preocupación patrimonial de Cartagena.

Esto está ligado a unos sentimientos y hoy, sobre todo, a unos intereses económicos, a una manera de entender la economía de la ciudad y el papel que ese patrimonio puede o no jugar dentro de esa economía de la ciudad.

Pero el problema con esto es que, al definir el patrimonio de esta forma, de muchas maneras dejamos por fuera una serie de aspectos interesantes del patrimonio, y claro, es patrimonio nuestra gastronomía, nuestra música, nuestra danza, lo es el tipo de viviendas que construimos, todo aquello que está expresando la creatividad social.

Y como dije en alguna ocasión, debería ser tan importante aun cuando no tenga el sello de la antigüedad, debería ser tan importante el patrimonio republicano que hemos construido y que estamos destruyendo de una manera acelerada en materia de vivienda, como el patrimonio colonial.

Debería ser muy importante conservar esas soluciones extraordinarias, que los arquitectos y maestros de obra construyeron en Manga, en el Pie de la Popa, en los barrios populares, en Torices, etc. Eso debería tener un espíritu de conservación, porque, hay algo importante que deberíamos decir, el patrimonio no es sólo para los turistas, el patrimonio es también para el disfrute de los cartageneros, tiene mucho que ver, está íntimamente ligado a su historia y a su propia identidad.

Por ejemplo, una de las casas que se construyeron en Torices en los años de 1930 - 1940, que todavía se conservan algunas, podría contar mejor que cualquier otra cosa, el tipo de hábitat, el tipo de costumbres, esa casa podría narrar, cómo era la vida de un cartagenero clase media baja o clase media media, incluso de un cartagenero clase baja, podría contarnos, ¿cómo entendía la vida, cómo era su cosmovisión? y podría mostrarnos, entre otras cosas, todo lo que hemos cambiado en el transcurso de prácticamente un siglo, ¿cómo se ha transformado de manera profunda la vida?.

Pero si esas cosas desaparecen, si las eliminamos, estamos eliminando un elemento narrativo de nuestro pasado, pero, además estamos eliminando una parte clave de nuestra memoria, de nuestra cosmovisión inicial.

Hoy aceptamos que eso es parte del patrimonio, una aceptación un tanto retórica porque sigue no siendo una preocupación de la ciudad, de su sector empresarial, de su sector gubernamental, sigue no siendo una preocupación real, no les interesa, esa es la gran verdad.

Lo mismo pasa con la gastronomía, todo el mundo te dice, - ¡qué maravilla la gastronomía nuestra, hay que proteger nuestra gastronomía! – te dice la gente.

Pero, ¿qué hacemos?, ¿hay un empresario cartagenero, un grupo de empresarios cartageneros, de gentes, incluso de quienes viven en el Centro mismo de la ciudad, que poseen las grandes mansiones o del Gobierno cartagenero, que se preocupe porque esas señoras que están allí ofreciendo lo mejor o una de las mejores cosas de nuestra gastronomía popular, las fritangueras?, me pregunto, y que juegan un papel importante en la economía de la ciudad, en esa economía del turismo, me pregunto si alguien le pone atención a eso, si cuando pasan por ahí se dan cuenta de la suciedad, de lo mal presentado que está, de lo relativamente fácil que sería darle a todo esto una presentación más decente, más digna, más altiva, que inspire más respeto hacia ese producto extraordinario que hemos construido durante siglos, y siglos.

Con la música pasa algo similar. He crecido en esta ciudad en medio de políticas de exclusión brutales. Recuerdo cuando llegó la música salsa a Cartagena y se integró emocional y espiritualmente porque es parte de nuestra herencia caribeña y era música de negros, hasta que poco a poco fue penetrando porque algunos intelectuales comenzaron a hablar muy bien de ella y empezó a cambiar la percepción de esa música.

Lo mismo pasó con la música africana. Cuando la música africana llegaba aquí, esto que llaman música champeta y fue recibida de una manera tan terriblemente agresiva, sin ponerse a pensar qué estaba pasando en los barrios populares, qué estaba generando ese nuevo gusto, esa nueva manera de hacer esta música.

Pero me voy incluso más atrás, músicas que han sido extraordinariamente representativas en nuestro ser caribeño, la música de la Orquesta N° 1, la música de Lucho Bermúdez, etc., todo eso ha ido desapareciendo dentro de un

capitalismo musical que prácticamente las ha colocado como elementos de museo, es una música que no se vende.

Hablamos mucho de ese patrimonio hoy pero no sentimos mayor respeto por ese él, ni tampoco una política dispuesta a darle sentido; porque nada de esto existe en el aire, hoy día todos sabemos que los medios de comunicación, las políticas del Estado pueden o no fortalecer un tipo de reflexión sobre la cultura local o pueden ignorarla.

Una primera reflexión que me interesa es: ¿qué es esto de patrimonio? ¿cómo lo estamos entendiendo? ¿cómo lo estamos viviendo? Si entendemos que el patrimonio es el producto de nuestra creatividad social, de todo aquello que los pueblos colectivamente hacen y durante siglos y durante muchos años van creando y van haciendo cada vez más interesante y extraordinario su

artesanía, es decir, todas estas cosas que van configurando, que le van dando sentido al ser humano que habita a una ciudad determinada.

Y ¿qué tiene todo esto que ver con la economía de la ciudad? ¿qué tiene que ver con que Cartagena se haya ido fortaleciendo cada vez más su vocación de ciudad turística y haya ido especializándose?, no digo que eso sea sólo el turismo que se hace en Cartagena, pero evidentemente es una de sus especializaciones más fuertes en un tipo de turismo sexual, ¿por qué? y ¿por qué en una ciudad como Cartagena, esto puede surgir y por qué esa actividad económica hace uso deliberado del patrimonio o de una manera como concebimos el patrimonio? Es decir, no está desligado de nuestra idea del patrimonio.

Cómo lo hace, qué es lo que pasa y ahí voy a acudir un poco a la historia. Si nosotros admitimos que Cartagena es ante todo una ciudad del Caribe, -como hoy todo el mundo lo repite-, entonces podríamos decir que, inmersos en esa Región Caribe, tenemos una memoria que compartimos con el resto de las ciudades caribeñas. Esa memoria es una distinción del Caribe, está muy nutrida por el sustrato africano, lo que hace que nuestras músicas, danzas, nuestro fenotipo, nuestra manera de gestualizar, de reír, de cantar, de bailar, tengan tantos parecidos.

Y tiene mucho que ver porque Cartagena y las ciudades del Caribe en general, fuimos habitadas predominantemente por africanos esclavizados, que luego fue creciendo el número de africanos, de descendientes de africanos negros y mulatos libres. De manera que cuando llegábamos al siglo XVIII, siglo XIX,

teníamos ya una población que era, como en el caso de Cartagena, mayoritariamente negra y mulata, en nuestro caso libre, en otras islas no era libre sino esclavizada, pero en general, era una población con un sustrato africano muy fuerte.

También tenemos una influencia muy fuerte del sustrato popular español, en el caso cartagenero, un sustrato popular andaluz, sobre todo, al que nos parecemos tanto en muchas expresiones, en parte de nuestra gastronomía, etc. Así como luego han llegado otros migrantes que han venido contribuyendo y poniendo parte de su personalidad en la construcción de este patrimonio complejo que es el patrimonio de una ciudad.

Pero si aceptamos, la existencia de una memoria y de un pasado caribeño cuyo sustrato principal es africano, ya sea en su forma esclavizada o en su forma libre, y en sus distintas variaciones, negras, mulatas, zambo, etc. entonces nos tendríamos que preguntar, ¿si esta ciudad que tenemos hoy ha construido, de una manera aislada, improvisada o sorpresiva, este turismo sexual? O si tuviéramos que preguntarnos, ¿hay una historia que lo explica? Tendríamos que preguntarnos si hay una historia que nos da algunas claves para empezar a entender ¿por qué Cartagena se ha ido convirtiendo en lo que se ha ido convirtiendo, y de paso nos permite entender una relación mucho más compleja entre patrimonio, economía y ciudad?

¿Esto fue la creación de unas mentes malévolas que decidieron convertir a Cartagena en un turismo sexual?, me pregunto, y ¿por qué no lo hicieron con Pasto?, por ejemplo, ¿por qué no lo hicieron con Ibagué o con Manizales? ¿por qué pasó en Cartagena y por qué se ha fortalecido de una manera absolutamente dominante en la ciudad hasta ocupar sus espacios, pudiéramos decir, más exclusivos y consagrados desde el punto de vista de nuestra idea patrimonial, el espacio del Centro Histórico?

Voy a empezar por decir lo siguiente: si uno se sitúa en la historia del Caribe, tengo aquí un libro, *Mulata Nation (Nación Mulata)*, tiene una mujer que es la carátula de una revista cubana, una mujer bailando una rumba cubana. Este es un libro interesantísimo, se llama *Nación Mulata, visualizando la raza y el género en Cuba*, lo escribe una historiadora, de estudios culturales que se llama Alison Fraunhar, y este libro tiene cosas interesantísimas, por ejemplo, es una foto de un ron que se le puso de nombre *Ron Mulata* y entonces tiene una clásica mulata

allí. Esta no es una foto anterior a la Revolución, es de 1993, ahora, ¿por qué se hizo esa foto y por qué se promocionó ese ron como *Ron Mulata*?

Antes hay que saber lo siguiente: ese es precisamente el momento más difícil de la economía cubana en el siglo XX, lo que ellos llamaron “el periodo especial”, cuando prácticamente se hundió la Unión Soviética, la producción de caña se hundió y Cuba quedó en la más extremada y precaria situación económica, y Fidel Castro tenía un control absoluto sobre el turismo con la idea de que no volviera a pasar lo que había sucedido en los años de 1950, en lo cual Cuba se había convertido, prácticamente en el cabaret de los norteamericanos.

Recuerdo la primera vez que fui a Cuba en 1983, era un control impresionante de la prostitución, y Fidel lanza de nuevo el turismo como un salvavidas porque Cuba no tenía de qué vivir y curiosamente, el turismo empieza a estar asociado, otra vez, a la idea de la Mulata, o sea, a un símbolo sexualizado. Pero ¿eso era porque Fidel lo quería hacer? – No. ¿Qué hacía que eso se produjera? Vámonos un poco hacia atrás.

Hay un libro de Hilary Belkos, (probablemente el historiador más importante que tiene vivo hoy día el Caribe, sobre todo el Caribe insular, historiador de Barbados, hoy es el rector de la Universidad de West Indies), *La deuda negra de Inglaterra*, un libro extraordinario donde hay un capítulo muy interesante: *Prostituyendo a la mujer caribeña esclavizada*.

Pero qué es lo interesante de esto, él está hablando del siglo XVIII, y está diciendo unas cosas impresionantes, incluso, desde el siglo XVII, dice, por ejemplo, “Claude Levi, nos ha informado que desde el siglo XVII la prostitución de las esclavizadas era la norma”. Con referencia a Jamaica, B.W. Hitman, dijo que: “la prostitución de las esclavizadas era común en Kingston, las tabernas eran, muy a menudo, prostíbulos a los que estaban ligadas las mujeres esclavizadas tanto de prostitutas como del servicio doméstico”. Y luego sigue hablando sobre cómo se daba esta prostitución en esta época, y una de las cosas más impresionantes es que uno de los negocios que existían en Kingston y en las ciudades de Jamaica fue, junto con Cuba y con Haití, las tres naciones caribeñas que más esclavizados recibieron. Las tres, recibieron en total de África, alrededor de 800 a 900 mil esclavizados, una verdadera barbaridad y creo que Jamaica llegó a tener, incluso, un poquito más de un millón.

Todos fundamentalmente dedicados a producir caña de azúcar y otros productos tropicales que enriquecieron e hicieron posible, el desarrollo revolucionario del capitalismo europeo, produjeron enormes ganancias. Haití era la colonia más rica del mundo en su época, como lo era también Jamaica y Barbados.

Barbados que era una isleta pequeña en 1670, tenía mucho más comercio que Filadelfia, Nueva York y Boston, juntos. Eran verdaderos emporios de riqueza.

Hay otro aspecto muy importante, Hilary Belkos dice que en Barbados las mujeres blancas, más o menos acomodadas, con cierto capital, compraban negras esclavizadas para dedicarlas a la prostitución, era un gran negocio, pero además, no sólo las dedicaban a la prostitución sino que como los métodos anticonceptivos no estaban tan sofisticados, ni tan desarrollados, ellas estimulaban a que las mujeres quedaran en cinta porque ese era otro gran negocio, vender a los hijos y a las hijas de las esclavizadas.

Entonces, si uno lee a Hilary Belkos que te está diciendo que era un negocio normal y común dentro de la economía de la esclavitud, prostituir a las esclavizadas, lo era también en Cartagena.

En este nuevo libro menciono cómo ya en el siglo XVI y XVII, se están quejando las autoridades y obispos por el desorden que hay, porque los propietarios envían a sus esclavas a ganarse un jornal y las envían a que vayan a trabajar en las noches, ¿a dónde?, pues a las tabernas, a dónde más las van a enviar. Y hablan de esta cosa escandalosa, de la manera como salen a las calles casi sin vestimenta, porque, en Cartagena se practicó también, exactamente lo mismo, mujeres blancas, hijas, algunas viudas, comerciantes; (tenemos los registros, no estoy diciendo nada que no esté probado); que compraban hasta 20 – 25 esclavas y esclavas para que salieran a ganarse un jornal, como cuando ahora tú compras un taxi y le pides al chofer que te traiga un dinero todos los días, bueno, qué ibas a hacer, a ellas no les importaba, simplemente que les trajeran el jornal y eso generó un ambiente.

Éramos un puerto, venían las flotas de los barcos, venían del mundo entero franceses, ingleses, hay registros de cómo se armaba aquí todo un jolgorio, un ambiente de fiesta y de tabernas en la ciudad, tenemos los registros del siglo XVIII. Igualmente, allí se generaba una actividad de prostitución muy fuerte.

Primero, no estamos hablando de una economía que ha surgido ayer, estamos hablando de una economía que tenemos una memoria, un registro y un pasado de su existencia, ligada a esa cosa terrible que era la esclavización.

Segundo, en esa época surge el mito del trópico sexual, o el trópico sexualizado, surge el mito de la mulata, surge esa mirada europea sobre lo negro y sobre lo mulato, admirada absolutamente sexualizada.

Pero además hay otro elemento sumamente importante que pertenece al terreno estricto de la cultura, de la representación y ese elemento es que, como eran mujeres esclavizadas, pocas veces se piensa en eso, se podía hacer con su cuerpo lo que uno quisiera, era paradójico porque al tiempo que estaban esclavizadas, se dotaba su cuerpo de una libertad que no tenían las blancas, muy interesante. Podían hacer con su cuerpo lo que quisieran y aquel hombre podía hacer con el cuerpo de esa mujer lo que quisiera.

Yo recuerdo, una de las cosas que me impresionó profundamente cuando empecé los estudios sobre esclavitud, me acuerdo haber leído en uno de esos libros, cuando estudiaba en la universidad de Connecticut, haber leído que una práctica que se había desarrollado en alguno de esos lugares del sur de

los Estados Unidos era que el dueño de la plantación invitaba a un grupo de amigos para que fueran a mirar, como el semental que utilizan para las vacas, bueno, así tenían unos negros especializados como sementales y salían de las fincas, como quien va a un paseo, e iban a los lugares donde se producían estas relaciones y llevaban a sus invitados para que vieran cómo el semental se montaba sobre una negra, sobre otra negra y sobre otra negra.

No era sólo el cuerpo de la mujer el que estaba altamente sexualizado, era también el cuerpo del hombre.

En otro libro, editado por Sandra Curtman, que se llama: *Beyond the blood, the beach and the banana*, (*Más allá de la sangre, de la playa y del banano*), donde hay un capítulo que escribe una estudiosa de la cultura, Mimi Sheller escribe un capítulo fabuloso que se llama *Hedonismo natural: la invención de las islas caribeñas como el patio tropical*; pero ella utiliza una palabra en inglés que es *tropical playgrounds*, playgrounds en inglés puede significar patio, pero también tiene otra sección y es la sección de que el playground es aquello que es preferido, una práctica preferida.

Ella lo que nos va a mostrar de una manera extraordinaria es cómo el cuerpo de la mujer y del hombre se vuelva parte de lo que ella llama: *The natural landscape* (de la naturaleza), se deshumaniza y se vuelve otro objeto más de la naturaleza al servicio del colonizador, es decir, del paisaje natural, parte de esa gran naturaleza, de ese gran paisaje caribeño.

Al deshumanizarse, puede ser perfectamente usado como cualquier otro elemento de ese paisaje natural y ella explica bastante bien cómo, por ejemplo, en Kingston - Jamaica, en La Habana - Cuba, la prostitución no sólo era de mujeres, era prostitución de hombres, de jóvenes, de muchachos.

Por ejemplo, cuando llegué a Jamaica de embajador en el año 1999, empecé a oír una historia muy interesante, verdad o mentira, no lo sé, supongo que tenía algo de verdad, pero que no era una historia oficial, en la que se hablaba de que en los años 80 había habido una especie de picoalto de SIDA y lo que se comentaba era que en una de las playas más bellas de Jamaica, Negril, había habido mucho comercio sexual de hombres y mujeres que venían de la bohemia neoyorquina, gays y heterosexuales, venían a Negril y allí habían muchachos y muchachas disponibles y eso, al parecer, desató una fuerte tendencia al SIDA que hubo que controlar de manera radical.

Sabemos todo lo de La Habana en los años 50, pero algunos cartageneros que también sabemos lo que fue la prostitución de los años 60, en Cartagena que era una cosa impresionante, todo eso que llamamos Tesca, toda esa recuperación en la Avenida Pedro de Heredia con la laguna de Tesca detrás, toda eso era zona de prostíbulos, decenas de prostíbulos era lo que había allí, la famosa zona prostibularia. Luego cuando eso se acabó, se vinieron para

Cartagena y montaron una cosa que se llamó *Las Vegas* que era el prostíbulo más grande que tenía Colombia en esa época, en pleno Centro de la ciudad.

Tenemos un pasado, cómo es que eso se dio. Porque desde la colonia hubo una especie de elaboración del Caribe como paraíso sexual, pero, además un elemento estructural de la misma sociedad esclavizada, era deshumanizar al esclavizado y al mito sexual de la negra se unió esa deshumanización en la cual podías hacer uso de ella como te diera la gana, es decir, y al lado de esto una representación mítica, extraordinaria para el europeo.

Pasaba una cosa muy curiosa, el norteamericano estaba bajo reglas morales puritanas en los Estados Unidos, o el europeo en Inglaterra se comportaba bajo

unas reglas puritanas morales y llegaba al paraíso, llegaba al Caribe y desaparecía esa inhibición, desaparecía la moralidad, era un espacio de suspensión de esas reglas morales, era como si hubiéramos vuelto al paraíso soñado de la libertad absoluta para hacer con el cuerpo de la mujer lo que uno quisiera, lo que no se practicaba en Europa o en los Estados Unidos.

De manera que fuimos construyendo en el Caribe ese mundo tropical, lo fuimos imaginando, representando como el mundo de la libertad sexual, donde todo era posible y donde no había límites morales, eso es un producto también de la esclavización, eso no se hubiera podido dar sino se hubiera dado la esclavización. Pero ojo, se volvió parte de nuestro patrimonio cultural. Porque no todo en el patrimonio es bueno, como no todas las tradiciones son buenas.

Recuerdo un debate en los Estados Unidos cuando empezó a entrar con fuerza esto del islamismo entre los negros en los años 60 con toda razón porque era una resistencia contra la marginalidad y la exclusión, entró con muchísima fuerza esta idea separatista de que había que volver a las tradiciones negras islámicas, y recuerdo que algunas mujeres intelectuales y no intelectuales empezaron a decir: "no, un momento, no todo en la tradición es bueno, no nos van a poner el velo a nosotras aquí en los Estados Unidos", eso no es verdad porque hay cosas buenas y cosas malas.

Cuando hablamos de patrimonio creemos que patrimonio es solo aquello que es bonito, que es agradable. En el patrimonio vienen muchas cosas que no deseamos y que quisiéramos que desaparecieran también, porque son parte de nuestra memoria, de nuestro pasado, de nuestra realidad, de nuestro uso del espacio y los espacios del Caribe, el espacio de este Centro Histórico se usó, durante muchísimos años, como un espacio de prostitución en el contexto de la esclavización y luego en el contexto de la República, también la prostitución fue algo normal, extendida y abundante, sólo que se sacó del Centro y se volvió a meter en el Centro.

Allí tenemos una economía del turismo que vende casi que, de manera inseparable, porque esta es la otra cosa interesante, porque vende lo bueno y lo malo al mismo tiempo. Vende la belleza de la ciudad, su exquisito patrimonio arquitectónico, su exquisita gastronomía, la idiosincrasia del hombre y la mujer cartageneros, la idiosincrasia abierta, esa capacidad para la alegría, para la risa, pero todo eso lo está vendiendo al lado también de otro elemento inseparable y es que se está vendiendo la representación sexualizada de esa cultura y si eso no

lo entendemos, nos quedamos simplemente en el lamento y en una idea muy estrecha de lo que está sucediendo en la ciudad.

Esa idea, ese patrimonio sexualizado lo están comprando de manera extraordinaria, y lo están comprando, no sólo los europeos, no solo los norteamericanos que están viniendo en grandes cantidades de todas las razas, muchos afrolatino americanos, blancos, lo están comprando también, los colombianos, esa es la imagen en la que se ha ido transformando Cartagena.

Puedes ver en Cartagena una cosa muy curiosa, como ustedes la habrán visto, yo la he visto, todos la hemos visto, puedes ver de pronto esas muchachas bogotanas, que están obligadas por el clima y por las costumbres, por la religión, por lo que tú quieras, a salir vestidas completamente cubiertas, y de pronto las ves en el Centro de Cartagena, prácticamente sin ropa y te parece normal, o ves de pronto a los muchachos con el pecho afuera, sin camisa, sin zapatos, con un pantaloncito, porque están ellos actuando bajo la representación de esa ciudad sensualizada y sexualizada, de ese espacio donde todo es posible, donde eso mismo ya es un gesto simbólico de liberación de unas ataduras.

Al lado de ese turismo sexualizado, estamos vendiendo lo otro, lo que nos acerca al paraíso y al placer, que son las drogas, esta otra representación de que aquí se puede consumir la droga con relativa libertad, como quizás no la podrías consumir con la misma libertad en ninguna otra parte, aquí la puedes consumir con casi absoluta libertad y además puedes tener experiencias extraordinarias.

Todo lo que sucede en Cartagena, uno no se lo puede ni siquiera imaginar, uno puede nada más darle rienda suelta a la imaginación para pensar en todo los programas que armaba la famosa Madame que protagonizó el escándalo o aquella noticia, (que yo me niego a creer, aunque salió en la prensa y tiene todos los caracteres de veracidad) de que alguien había montado una especie de turismo sexual salvaje en donde se iban, me imagino, a una finca, a un paraje y vendían un cupo a la persona (debía ser un cupo carísimo), donde allí podía tener de todo, drogas, tragos, pero además, el espectáculo central consistía en un grupo de muchachas que eran previamente drogadas y luego se las tiraban en el monte y la idea era que los tipos las buscaran, las cazaran, las encontraran e hicieran con ellas lo que quisieran.

Todo eso se naturaliza en Cartagena, se vuelve parte de la economía cartagenera. ¿Cuánto influye eso en nuestra economía? ¿cuál es la participación de eso en nuestra economía? No lo sé porque no tengo ningún estudio detallado alrededor de eso, pero te puedo asegurar que es importante porque una gran corriente del turismo cartagenero está viniendo a eso. Lo cual significa: dinero para hoteles, restaurantes, tiquetes aéreos y además promueve actividades indirectas, informales de la gente que está por el Centro vendiendo una cosa y la otra, etc.

Es una parte importante, sin duda que genera empleo y que, si se deja libremente después de la pandemia, puedo asegurar que se va a volver el aspecto dominante de la economía cartagenera en cuanto que va a generar muchísimo trabajo para la gente más pobre y también para la gente no pobre, por supuesto, y se va a volver una especie de Habana.

Hay un elemento que no podemos perder de vista, esa memoria está allí, está actuando esa representación del Caribe. Pero está actuando otra cosa importante, que no podemos perder de vista, que hace parte también de la relación ciudad-economía-patrimonio, y es que esto puede crecer como está creciendo donde hay muchísima necesidad porque hoy somos "libres", hoy "no existe la esclavitud", pero de qué libertad hablamos, si ustedes lo ven a cada rato en televisión ¿cuánta gente se acuesta sin comer en Colombia?

Lo que está sucediendo en Colombia es muy interesante porque muchas mujeres que no son cartageneras vienen a Cartagena detrás del otro mito que se ha generado (los mitos siempre tienen una base en la realidad), de que en Cartagena podemos solucionar nuestros problemas económicos, porque están, otra vez, los extranjeros, como en el siglo XVII o XVIII, los europeos, los norteamericanos, y pagan en dólares, en euros y la ciudad se llena de muchachas que no son cartageneras y que estoy seguro, que la gran mayoría de ellas, -supongo que habrá una porción que le gusta, no lo sé, sería muy raro que a una persona le guste esa vida, puede que la haya-; pero estoy seguro que la gran mayoría de esas mujeres están en ese mercado de trabajo por necesidad, exactamente como le pasaba a las esclavizadas, sólo que las esclavizadas no tenían ninguna otra alternativa, pero estoy por creer que muchas de estas mujeres tampoco la tienen. Al final terminan acudiendo a esto.

Ese es un elemento que no podemos ignorar porque todos estos mitos y prácticas no pueden existir en el aire, exigen una condición de subordinación de la mujer, esto es trabajo forzado, es decir, cuando una mujer llega al extremo de tener que

salir todas las noches a encontrarse, Dios sólo sabe con qué clase de sujetos, y si no los encuentra no come y, además, quizás no tiene ni siquiera con qué pagar la habitación, eso es trabajo forzado como el de las esclavizadas.

Eso surge en una economía que lleva a la mujer a un trabajo forzado. Ese trópico idealizado, vuelto paraíso, ese trópico que se vende como el paraíso, esconde una terrible realidad patrimonial.

Si no fuera patrimonial, ¿por qué la aceptamos con tanta naturalidad? por qué nos parece normal pasar por la Plaza de los Coches un viernes o sábado a las 11:30 de la noche, (y ahora hay menos por la pandemia, pero había que ver poquito antes de la pandemia) decenas de mujeres, y si uno le daba la vuelta a toda esa zona, hasta llegar a la Calle Primera de Badillo luego coger hacia la Universidad, bajar por la Calle del Porvenir, por la Calle del Colegio y llegar hasta la Plaza de los Coches, ese espacio, un viernes o sábado es

perfectamente un gran cabaret, ¿Por qué eso nos parece tan normal? ¿Por qué lo aceptamos tan fácilmente?

Los policías y las parejas caminan por allí, las autoridades legalmente no pueden hacer nada porque la prostitución está autorizada en Colombia, hay sindicatos, además ellas son las menos culpables de lo que está pasando, realmente son elemento clave y, además víctimas de toda esta economía.

Eso lo hemos integrado, hace parte de nuestra vida colectiva, de nuestro imaginario, de nuestra memoria.

Muchas veces me pregunto ¿por qué Cartagena no se convierte en un gran centro cultural?, ¿por qué no promocionamos el turismo de la cultura?, si lo tenemos todo, no hay ninguna ciudad en América Latina, en América en general, puedo asegurarlo, no hay ninguna ciudad mejor dotada para el turismo cultural que Cartagena, lo tiene todo. Tiene el Mar Caribe, la imponente belleza del Centro, la arquitectura majestuosa de sus murallas, que no la hay en ninguna otra parte, tiene su gente que es una maravilla, hospitalaria, alegre, bondadosa, pero por qué no se desarrolla, tiene música, danza, todo.

¿Por qué no crece ese turismo cultural? Esa es mi pregunta siempre, y trato de encontrar una explicación ¿por qué sí crece este otro turismo y no el turismo cultural?, porque al final todos los agentes económicos se terminan acomodando a esta realidad como una realidad normal, ¿por qué pasa eso?

Porque al final, como me dijo el dueño de una discoteca en el Centro, que no voy a mencionar el nombre, él la creó con el ánimo de que fuera una cosa para personas no ligadas a la prostitución, jóvenes, personas mayores fueran allí, y me decía: "pero ¿qué hago? ¿cómo hago? ¿pongo un portero en la puerta para preguntarle a las muchachas quiénes son o no prostitutas? ¿cómo hago para impedir que entren y conversen con los hombres que están allí? No tengo nada, ninguna ley que me lo permita, lo que hago es acomodarme a eso, punto, se acabó. Porque eso es lo que ahora está entrando a mi negocio, no puedo diferenciar, no puedo evitarlo."

De ahí mi reflexión: ¿qué hay?, ¿cuáles son esos elementos estructurales que producen que un centro de importancia extraordinaria y patrimonial termine convertido, además en un centro en donde se reactualiza una práctica cultural que se impuso de mala manera en medio de un horror que era la esclavización, en el siglo XVII y XVIII?, se reactualiza como si fuera parte también de nuestra memoria y de nuestro patrimonio.

Hay islas del Caribe que luchan contra eso, recorrí todas las islas del Caribe, nunca vas a ver esto en las calles de Barbados, claro que hay prostitución, por supuesto que la hay en todo el Caribe, como también en otros lugares, en Roma, París, Nueva York, en todas partes. Pero luchan porque eso no sea tan público ni tan descontrolado, no lo ves en Trinidad, pero tú sabes que allá en la zona petrolera están los cabarets y que allá llegan colombianas, pero en la vida diaria de Puerto España, tú no ves eso. No ves eso en la vida diaria de

Kingston, tú sabes que ahora hacía los enclaves hoteleros en las playas eso se está dando, pero no lo ves en la vida diaria de Kingston, como en la misma Habana, con todo y que han tenido que tolerarlo y prácticamente dejar que eso crezca, pues estás en La Habana y está la policía a toda hora persiguiendo a estas jóvenes, tú no lo ves en las plazas de armas, no lo ves en las plazas centrales de La Habana, porque no lo permiten.

Lo curioso es que en el único lugar donde yo he visto eso de esta manera tan evidente, visible y abundante, es en Cartagena. Hace un par de años, en Bélgica y París, me llamó la atención ver en algunas calles, pero eran individualidades.

Pero esto tan impresionante, tan importante de la economía de la ciudad que configura, que le da otro sentido a la vida de la ciudad a su Centro y que, es muy curioso porque yo entiendo que la inmensa mayoría de las mujeres que están allí

visibles no son cartageneras, pero de una u otra manera, muchas mujeres y muchos hombres cartageneros se apropian, intervienen y se ligan también, a esa práctica de manera directa o indirecta.

Pero también está pasando en los barrios populares, cosas sorprendentes, de comercialización de niñas, incluso, con la tolerancia de sus madres o padres porque así es la necesidad y así es el hambre, lleva a una cantidad de cosas terribles.

En las redes se vende la ciudad, sutil o abiertamente ligada a este tipo de economía, de manera que vale la pena preguntarse, cuando hablamos de patrimonio, ¿cómo logramos extirpar de nuestra memoria?, ¿cómo logramos que esto que está tan fijado en nuestro pasado?, ¿cómo logramos superarlo?, ¿cómo logramos que estas prácticas que definieron también, la región en una época, desaparezcan para siempre?

No digo que va a desaparecer la prostitución, siempre estará allí, pero no como un elemento estructural central que hace de las mujeres un mercado que se ofrece, que se deshumaniza, y que se vuelve una parte importante de la economía de la ciudad.

¿Cómo logramos que eso se transforme y le dé cabida a aquello que apreciamos del patrimonio y que queremos fortalecer de nuestro patrimonio, aquello que quisiéramos de verdad, vender de nuestro patrimonio, sin estar unido a esto otro? Es decir, nuestra música, nuestra danza, nuestra idiosincrasia, lo que somos, nuestra arquitectura, ¿cómo lograr una cosa sin la otra?

Esa es una pregunta muy importante para una ciudad como Cartagena que está pensando en fortalecer su patrimonio cultural bondadoso pero que tiene que luchar para que estas prácticas sociales dejen de ser prácticas centrales de su vida cotidiana. Porque influyen sobre el resto de la ciudad de una manera aterradora, de muchas formas, el impacto que tiene esa práctica generalizada en el Centro sobre el resto de la ciudad es tremendo.

Tenemos que reflexionar en eso, no basta hablar solo de la maravilla de nuestra gastronomía, sino cómo eso se unió y fortaleció las otras prácticas.

Lo que he querido, sobre todo es provocar una reflexión y es que **las tradiciones no todas son buenas y las prácticas sociales y culturales se apoyan en el pasado, tienen una historia y se nutren en una historia y a veces no creemos**

que la historia es importante, ese es el problema, tenemos que hacer todos los esfuerzos porque esa cosa infamante que estamos viviendo en Cartagena desaparezca, se acabe y se transforme, pero tenemos que tratar de entender de una manera muy seria **¿por qué esas cosas se dan y por qué a veces se vuelve tan problemático una vez que se deja consolidar, una vez que se permite que eso se establezca como algo normal?**, después viene un problema muy serio.

A mí siempre me llama la atención cuando la gente está hablando de patrimonio, habla de las tradiciones y yo digo: **“hay buenas y malas tradiciones”**.

Nosotros heredamos del pasado cosas buenas y malas y tenemos que saber cómo enfrentamos, pero enfrentar significa primero conocer, uno no puede enfrentar lo que no conoce y yo creo que Cartagena está en un momento clave de su historia, un momento crucial y creo que hay una serie de fuerzas actuando, muy complejas.

Yo hago una pregunta muy elemental, si a todos nos parece horrible eso, ¿por qué no desaparece?, si le preguntas a alguien del Gobierno, a un empresario o a cualquier persona en la calle, les parece horrible; si les parece horrible ¿por qué existe? y por qué no sólo existe, por qué se expande y crece y va a seguir creciendo desmesuradamente si no hay, realmente, comprensión, debate público y conocimiento real de cuáles son las fuerzas que están actuando allí, porque estamos enfrentando algo muy delicado y algo que no sólo, -no me atrevo a ir más allá-, pero sé que hay situaciones en barrios en donde predomina la miseria más extrema, en donde la necesidad lleva eso, a la venta de niñas y niños y son cosas horribles, que remiten a la esclavización y creo que tenemos que reflexionar mucho sobre esto.

Cuando uno mira qué pasó en el Centro Histórico, -yo que puedo hablar de cómo se transformó el Centro histórico-, de ser un sitio habitado por los cartageneros a ser un sitio deshabitado por los cartageneros.

Hablando de patrimonios, traje a Cartagena una señora que se llama, Isabel Rigol, era la arquitecta residente de todo el programa de restauración de La Habana, Cuba, es decir, Eusebio Leal era la mente que estaba detrás, pero la que estaba realmente montando y dirigiendo el programa era ella, Isabel Rigol.

Organicé una reunión con los arquitectos, donde ella contó la experiencia de cómo lo habían hecho en La Habana, y ella insistió en una cosa que me parecía, sencillamente extraordinaria pero complicadísima, ella dijo: “el principio

fundamental nuestro es que restauramos para la gente de Cuba, no restauramos para sacar a la gente de Cuba sino para que la gente de Cuba se quede a vivir allí". Muy complicado eso.

Cuando la llevé por el Centro de la ciudad y me fue preguntando una cosa y otra, nos sentamos después a tomar un café y me dijo: "esto que ustedes han hecho no podremos hacerlo nosotros jamás, bajo el modelo que hemos hecho, porque este modelo supone entregarles las grandes casas a propietarios privados que son los que tienen el dinero para restaurarlas, no hay ningún Estado que pueda hacer una restauración tan extraordinaria, tan rápida, en tan poco tiempo de una ciudad porque los Estados tienen otras prioridades.

Un Estado no se puede poner a invertir miles y miles de millones de dólares a restaurar las casas y ustedes optaron por un modelo eficaz, en materia de restauración. Un modelo complicado socialmente, porque al hacerlo, una consecuencia de eso es que los cartageneros se van a ir del Centro de la ciudad y eso va a traer otros problemas", decía ella.

Nosotros estamos intentando de a pedacitos y en cada pedacito dejamos a la gente que siga viviendo allí, pero avanzamos muy lentamente, porque avanzamos con donaciones, con lo que el Estado pueda invertir, necesitamos avanzar más porque necesitamos fortalecer el turismo.

El modelo cubano se centró en las plazas históricas, ustedes van hoy a Cuba y ven cómo están restauradas todas las plazas, ¡qué es una maravilla! Pero eso tiene una finalidad económica, tenían que vivir del turismo. Ahora, media Cuba se está cayendo, probablemente, me decía una arquitecta: "Un tercio de las viejas casas cubanas no son recuperables, hay que tumbarlas porque están en un estado, absolutamente ruinoso"

Viene la pregunta del millón, ¿qué es lo mejor?, complicado, no hay soluciones fáciles, ese es el problema.

Cuando tenía 20-25 años, era tajante y decía: "Ésta es la solución", hoy ya no me atrevo tan fácilmente a decirlo, porque la vida me ha enseñado que las cosas son más complejas de lo que uno se imagina. Pero, ciertamente eso produjo consecuencias, no quizás porque nadie quiso que fueran así.

Muchas veces uno tiene una mentalidad conspirativa y cree que es que la gente quiere hacer las cosas mal, no, la gente no las quiere hacer mal, es que al ser humano se le escapan muchas cosas y hay fuerzas externas tremendas.

¿Por qué Cuba ha vuelto al turismo sexual? ¿por qué lo querían?, si duraron años luchando contra eso, pero se les impuso más allá de su voluntad. Son fuerzas históricas muy fuertes, y nosotros ¿por qué estamos inmersos ahora en esto?, porque hay fuerzas, externas funcionando y haciendo que estas cosas se den y una de ellas, -para mí no hay la más mínima duda-, una de ellas, (después de la pandemia será peor, porque la pandemia ha traído más miseria) y es muy rico hablar de la moral cuando uno tiene el estómago lleno, pero hay que saber a qué sabe el hambre.

Yo puedo decir, humildemente, que yo sé a qué sabe el hambre y entonces sí, hablar, porque es muy fácil pensar en esas mujeres como seres diabólicos, no son seres diabólicos, la inmensa mayoría de ellas no tienen nada de malas.

Los cartageneros vivimos de espalda, no queremos saber nuestra historia, pero me estaban contando, por ejemplo: que en un barrio de la ciudad, hay una especie de parque y el cuidador puso unos sillones viejos, convenció a unas muchachas venezolanas que se entregan, -esto me lo contaron poquito antes de que arrancara la pandemia-, bastaba que les entregaran 10 mil pesos y al tipo que cuidaba el parque dos o tres mil pesos, y allí tenían el sillón disponible para lo que tenían que hacer y uno dice: ¿pero 10 mil pesos?, sí, con 10 mil pesos come una familia en Cartagena, por lo menos se come una comida.

El problema no está en las mujeres, el problema está en quiénes están propiciando este negocio y en que, de alguna manera somos una colectividad que hemos incorporado esto, hemos casi que naturalizado la existencia del Centro como espacio de prostitución y eso ¿se puede acabar? claro que se puede acabar, pero hay que construir soluciones reales, políticas reales, hay que parar de alguna manera con esta construcción cultural que se ha generalizado dentro y fuera del país, de que Cartagena es el sitio ideal para venir a hacer la prostitución porque es el sitio donde más se paga, donde más se gana, eso hay que pararlo de alguna forma, porque si no, evidentemente, las mujeres van a seguir llegando a Cartagena a hacer eso.

Tenemos un país que ha convivido con la prostitución como una cosa perfectamente legal, que no le molesta su visibilidad, su publicidad. En otros

países no es que meten a las prostitutas en la cárcel ni mucho menos, pero al menos establecen unos límites y controles, pero en Cartagena no existe ningún tipo de control, por eso se puede ver a un policía en la plaza conversando animadamente con las muchachas, porque también el policía tiene razón, si él no tiene cómo, ¿qué les va a decir?, ellas están allí en un espacio público, tiene que demostrar que hay una trata de blancas y demostrar eso no es fácil, que es lo que sería un delito.

Pero sí se podrían implementar políticas, actividades, creo que en otros lugares lo han logrado y claro, esto pasa porque, miremos de frente el problema social que hay en Cartagena.

Por otro lado, la corrupción tiene mucho que ver en esto, cómo no va a tener que ver, si es que la corrupción impide que se desarrollen actividades honestas, que se invierta donde haya que invertir, que no hay más trabajo decente, la corrupción es un factor terrible y destructivo.

Además, la corrupción tiene un problema muy grave, es que no sólo se corrompe arriba, sino que una vez se corrompe arriba, se corrompe abajo, también.

La corrupción no es sólo de la gente que está arriba, empieza a corromperse todo el mundo, por generalizar, pero se expande de una manera impresionante y todo eso lo tenemos que pensar y en esta gran cruzada que el Observatorio del Patrimonio Cultural quiere hacer para defender y fortalecer el patrimonio cultural de los cartageneros, desde una mirada a la realidad donde hay que reconocer que tenemos memorias, pasados, patrimonios nada bondadosos y que se expresan en realidades presentes, que están ante nosotros reactualizándose.

También se habla de esta otra tradición que está entre nosotros, sin duda, y que quizás nos hace proclives en ciertas circunstancias, al juego mismo de lo que llaman el aprovechamiento, la corrupción, etc., esto que todos los días hablamos de las campañas electorales que se van a los barrios a ofrecerles 50 mil pesos a las personas para que voten por ellos, todas esas formas, todas esas prácticas que hemos naturalizado y que tienen su raíz en un pasado porque la historia nos ayuda a explicar muchas cosas.

Creo que hay una cosa que es verdad y que me gustaría que quedara por lo menos esta idea: **en las tradiciones culturales de un pueblo hay cosas buenas, cosas que valen la pena defender, cosas que vale la pena rescatar, proteger y hay cosas que tenemos que lograr sacarnos del alma. No hay que idealizar**

la tradición, la tradición ayuda y es buena en ciertos casos, en otros es terrible y más cuando la tradición está ligada a pasados terribles, porque nadie puede olvidar que esta fue una ciudad, cuyo fundamento poblacional y demográfico, fueron los esclavizados africanos y sus hijos, sus descendientes, de manera que partimos de un trauma fundacional y el que crea que eso no pesa, está bien equivocado.

En el caso de la mujer es peor, es terrible, además, sostengo que la revolución más profunda que ha habido o que hubo en la segunda mitad del siglo XX, fue la revolución femenina porque el estatus de la mujer cartagenera de los años 60, hace 50 años atrás, era una cosa sencillamente terrible.

La mujer era un ser ignominiosamente tratado, en términos generales y la mujer ha conquistado muchas cosas, sin que esto no quiera decir que en una ciudad como Cartagena, donde todavía estamos con una gran población inmersa en la pobreza, en la miseria, donde todavía las prácticas racializadas existen, no las hemos sacado de la cabeza del todo, pues claro, la mujer sufre más, incluso el peso de esas tradiciones negativas, que los hombres y eso debemos tenerlo muy presente cuando hablamos de tradiciones culturales que integran la totalidad de un patrimonio cultural.

Si uno observara lo que sucede cotidianamente, las imágenes que pueblan la cabeza de los cartageneros, digamos un policía común y corriente en Cartagena, ve venir a dos muchachas afros, atractivas, vestidas de una manera suelta, coqueta, en el buen sentido de la palabra, ¿qué imagen se forma en su cabeza? Pero si esa misma ropa la tuvieran dos muchachas blancas, elegantes, rubias, ojos verdes, ¿qué otra imagen se forma en su cabeza? Eso es tremendo y es parte de nuestra vida diaria.

Siempre pongo el ejemplo, estás caminando en la muralla y de pronto ves venir dos muchachos negros, seis de la tarde, está oscureciendo, vestidos pobremente, tu cabeza enseguida construye una amenaza, es un reflejo condicionado por la historia, pero si ves venir dos muchachos blancos, ojos verdes, elegantes, de aspecto, iba a decir apolíneo como de la cultura griega, y vienen con la misma ropa, tu cabeza no dispara esa alarma.

Esas realidades culturales son parte de lo que somos y tenemos que enfrentarlas en Cartagena.

Detesto una cosa y es que, no basta decir que es que las clases dirigentes, que es que la clase gobernante, no, este es un problema que nos compete a todos.

Hay una dinámica de poder, sin duda, el que tiene el poder lo ejerce, y el que tiene poder para decir estas cosas, las dice y el que no tiene el poder, pues, lamentable.

Pero a estas imágenes, respondemos todos y en ciertas circunstancias están allí y hay que ser conscientes de eso y de que no es sólo un asunto de las clases dirigentes, es un asunto social, de la manera como nos hemos construido como sociedad y si queremos sacárnoslo de la cabeza vamos a tener que promover una educación distinta, acercar a los niños, necesitamos mucha educación, llevar este tipo de discusiones a las escuelas, no a las universidades, el tipo cuando llega a la universidad ya está perdido. Hay que llevarlo a las escuelas a niños y niñas, a los maestros de escuela, ¿se puede?, claro que se puede, el problema es que quienes tienen los recursos estén dispuestos a hacerlo.

¿Cómo no se va a poder arrancar con unas escuelas y empezar un proceso de transformación, darle un buen vaso de leche a los niños en la mañana para que, por lo menos la desnutrición no les acabe la inteligencia?

Si me preguntas qué hacer, no sé, pero sí sé que tenemos que educar desde abajo, construir imágenes fuertes en los niños desde abajo para que empiecen a construir un mundo mejor y dejen de ver estas cosas como normales.

Y si no hacemos eso, salir de este círculo vicioso es muy difícil, ayudaría mucho también tener gremios empresariales, gobiernos decididos a enfrentar esta cosa como una especie de cruzada, eso ayudaría mucho hacer sentir que el Centro no se puede convertir en eso, que no estamos dispuestos a aceptar que el turista venga y haga lo que le dé la gana en el Centro, eso se puede hacer, también hay que lograr que todo el mundo sienta que hay que hacerlo.

Hay que seguir luchando para que toda la bondad que tiene nuestro patrimonio cultural, toda la belleza que tiene en su música, su danza, su gastronomía, en sus viviendas, en su gestualización, en los seres humanos que somos, seguir luchando para que sea eso lo que realmente se consolide en Cartagena y no lo otro.

Alfonso Múnera Cavadía

Presidente del Comité Académico del Espacio Cultural Claustro de la Merced.



Abogado de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Cartagena, Máster en Historia y Doctor en Historia Latinoamericana y de Estados Unidos de la Universidad de

Connecticut, Estados Unidos.

Historiador, investigador, docente, ex - Vicerrector de Investigaciones y ex - decano de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena. Fue embajador colombiano y secretario general de la Asociación de Estados del Caribe.

Autor de libros como: *Fronteras Imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* (2005), *La Independencia de Colombia, ficciones y olvidos*, *Cartagena de Indias 1580 – 1821* (2021), entre otros.

El presente documento es el resultado de la transcripción editada de la clase magistral dictada por el Doctor Alfonso Múnera Cavadía durante la segunda cohorte del Diplomado en Gestión del Patrimonio Cultural en el módulo *10 Ciudad, Economía y Patrimonio Cultural*.

De esta manera seguimos transfiriendo saberes sobre la importancia de conocer la historia de nuestros antepasados, de dónde proviene nuestra identidad, de tal manera que nos permitan entender las dinámicas actuales de nuestra sociedad.